

Esther Landetta Chico

la mujer que se enfrentó a la mafia minera

< POR MARCELA NORIEGA >
FOTOS OMAR SOTOMAYOR

Ha puesto en riesgo su vida por denunciar lo que ocurre en su pueblo, Tenguel, donde cuatro ríos agonizan por la contaminación causada por la extracción irresponsable de oro. Del agua envenenada beben 20 mil personas, al menos.

Este texto fue escrito a partir del relato de Esther Landetta a GESTIÓN, y documentos del Ministerio de Ambiente, el Municipio de Guayaquil, sus declaraciones en la Fiscalía y versiones de pobladores de Tenguel.

Esther Landetta



Ya era de madrugada cuando sonó el celular. En la casa estaban despiertos, conversaban. El aviso fue breve y contundente: “Tienes diez minutos para irte. Te van a matar”. Esther reconoció la voz. Era de **Fernando**, alias *Cuerito*, aquel chico que conocía desde niña. Fueron compañeros de escuela, pero él torció su camino. Se hizo parte de una banda de matones, comandada por un hombre al que en el pueblo temían y apodaban *El Negro Junior*.

Era junio de 2008. Un año antes, **Esther Landetta**, una campesina nacida el 8 de mayo de 1976 en el diminuto recinto Israel, donde viven unas 200 personas, empezó a denunciar a los dueños de las mineras como los responsables de la contaminación de los cuatro ríos que bañan esta zona: Tenguel, Chico, Siete y Gala.

Cuerito se había hecho informante de Esther. Él le contaba sobre los movimientos de la banda. Por eso, cuando la llamó para advertirle, ella sabía que no era broma. Ya la habían amenazado antes por teléfono: “Si no te abres, te matamos”, le dijeron. Y esta vez irían por ella.

El Negro Junior había recibido la orden de “quebrar” a esta mujer de ojos grandes, pelo castaño, que no ríe mucho y que, como muy pocos, se le para tesa al miedo, inclusive al de morir. “Yo sé que me van a matar, pero mientras tanto espero conseguir algo”, suele repetir.

La noche del aviso, en la casa, estaban ella, un tío, sus dos hijos adolescentes y su hermana, Débora. Su mamá se había ido a una vigilia en la iglesia. Sacó de prisa a sus hijos y a su tío, mientras ella y su hermana se escondían en una enorme casa abandonada color café que queda frente a la suya. Llevaron una vieja cartuchera, por si acaso. Desde ahí lo vieron todo.

De una furgoneta pequeña —que ahora está pintada de naranja y que Esther muestra a *GESTIÓN* parqueada en pleno centro de Tenguel—, se bajaron varios tipos. Iban con capuchas, vestían trajes de camuflaje y portaban mini Uzis. En su recuerdo parecían policías, por eso hasta de ellos desconfía. Me lo cuenta tan tranquila mientras conver-

samos dentro de un patrullero con dos policías a bordo. Dicen que la imprudencia es el defecto de los valientes.

Los extraños inspeccionaron los alrededores, entraron a la casa, la pusieron patas arriba, pero no hallaron a nadie. Esther y Débora estaban mudas, quietas, con el corazón en la mano, aguantando el llanto, al frente. Ni los perros ladraron. El tío de Esther, un productor de banano ecológico, la tranquilizaba por teléfono: “Estate tranquila que no te va a pasar nada”. Pero a ellas se les hacían largos los minutos. El amanecer tardó en llegar.

Este fue el primer intento de asesinato que sufrió esta mujer, madre de Allyson, de 13 años, y de Daniel, de 16, y activista ambiental por fuerza. Todo esto está escrito en la denuncia que puso en la Fiscalía.

En los alrededores de la casa de Esther todo es pastizal. Casi no hay vecinos —solo un panadero y su madre que vive al lado. Apenas sus dos perros flacos —uno café y otro blanco— se pasean por el humilde portal. La casa queda a cuatro kilómetros de Tenguel, yendo por un camino pedregoso, flanqueado por verdes plantaciones de banano. Esto es el medio de la nada.

Landetta dio su declaración ante el fiscal en noviembre de 2008. Tuvo que irse del pueblo por las amenazas. Cinco días después de su partida, mataron a su informante, *Cuerito*.

El año pasado, apareció muerto el líder de la banda, *El Negro Junior* y otro chico al que le decían *El Punkero* y que también estaba involucrado en este caso. A un amigo de Esther, cuya declaración iba a ser clave porque era minero, también lo mataron. “Él siempre me decía: ‘no te metas mucho en el tema porque o te compran o te matan’. Siempre me advertía y lo mataron a él”.

Con miedo de que le hicieran algo a su familia, pidió protección fuera del país, a Amnistía Internacional. El 5 de agosto de 2008 llegó un comunicado al Ecuador de parte de la relatora internacional de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, pidiendo al Gobierno darle todas las protecciones nece-

EL SILENCIO DEL VICEMINISTRO

La revista *GESTIÓN* solicitó el 27 de abril una entrevista periodística con el viceministro de Comercio Exterior e Integración, **Galo Borja**, para abordar las denuncias públicas presentadas por la señora Esther Landetta sobre la contaminación en la zona de Tenguel y su supuesta vinculación con las actividades mineras en dicha zona. El pedido de entrevista y el correspondiente cuestionario fueron enviados vía correo electrónico al despacho del viceministro. A pesar de la insistencia y transcurrido más de un mes, hasta el cierre de la presente edición, no recibimos respuesta alguna.

sarias inmediatas. Se hizo un convenio y Esther logró protección durante las 24 horas del día, en el momento que lo requieran ella o su familia. Pero las amenazas siguen. “Soy fuerte, pero a veces lloro sola. No lloro de miedo, sino de rabia, de ver la injusticia”.

El veneno del agua

Tenguel es una parroquia rural de Guayaquil, un pueblo que a simple vista no es tranquilo. A la entrada, hay dos burdeles y por sus calles es común ver bicitaxis y hombres en motos. Aquí y en los recintos aledaños viven unas 20 mil personas.

Esta es tierra fértil, produce banano —alrededor de 80 a 100 mil cajas semanales—, cacao, frutas, y en sus entrañas guarda oro. Este metal atrae a muchos desde 1982 cuando empezó la explotación río arriba. Ese fue el inicio de la muerte lenta de los ríos.

En 2007, Esther y la gente de las comunidades se unieron y formaron la Asamblea pro Defensa de Nuestros Ríos, una organización que intenta alejar la minería de los ríos y de la que ella es ahora presidenta.

“No estamos en contra de la minería, pero que se vayan a hacer en otra parte. Este es un pueblo bananero. Va a llegar un momento en que los países a los que exportamos la fruta se den cuenta de que está contaminada y no la quieren más. Ese será el fin de Tenguel”.

dice **Freddy Asencio**, abogado de la Asamblea.

Esther y sus compañeros consiguieron que el alcalde **Jaime Nebot** se interesara en el tema y ordenara los primeros monitoreos en 2007. En 2008, la Municipalidad de Guayaquil y el Ministerio del Ambiente hicieron estudios químicos al agua de río, sedimentos, suelo, productos agrícolas y agua de pozo.

Los resultados fueron espeluznantes. En todas las muestras, el nivel de contaminación estuvo por encima de las normas nacionales e internacionales. En las aguas, en la arena de los ríos y en la tierra circundante se hallaron tóxicos como mercurio, cianuro, arsénico, cobre, vanadio y otros.

En el río Tenguel, la cantidad de vanadio —elemento que causa irritaciones en la piel, problemas hepáticos y degeneración de los riñones en los seres humanos— es siete veces superior a la permitida. En los sedimentos del río Siete, hay niveles de arsénico —que provoca daños en la piel, en el sistema nervioso central y puede causar cáncer— en valores 15 veces por encima de lo tolerable. En el pueblo se ven personas con problemas en la piel, otros se quejan de gastritis y los tengueleños también hablan de casos de ceguera.

Ahora que es invierno, las aguas de estos ríos lucen tonos ocres y amarillos. Los pobladores dicen que, en verano, el agua cambia de color: a veces, es negruzca, otras azul o amarillenta y otras rojiza. El color habla de lo enfermos que están estos ríos y lo certifican los estudios químicos.

Dicen que el río Chico —que en sus buenas épocas fue un balneario y por el que ahora no nada ni un pez— es el más afectado. “Está muerto en vida”, resume Esther. A nadie del pueblo se le ocurre bañarse ahí. En sus aguas hay concentraciones de cobre 108 veces más altas de lo soportable. El cobre causa lesiones hepáticas y muerte del hígado.

El estudio de la municipalidad también indica que la concentración de mercurio en el río Gala es de 0,53 miligramos por litro de agua. Esto es 265 veces la cantidad permitida. Este metal

pesado provoca cambios en la personalidad, delirio, alucinaciones y puede causar la muerte.

El ganado bebe esta agua envenenada; por lo tanto, la leche también podría estar contaminada, al igual que todo lo que con esta agua se cultiva. Según el informe, los productos agrícolas examinados en el área de influencia del río Gala, aguas abajo en el recinto San Rafael, presentan una concentración superior de cadmio a la establecida por la Unión Europea.

Las aguas de estos ríos desembocan en el Guayas, a través del puerto El Conchero, y mucha de las frutas y hortalizas que se consumen en Guayaquil, Machala y ciudades de Manabí provienen de esta región.

Pero no solo los ríos están contaminados. También en las aguas de los pozos subterráneos —pozos de hasta cien metros de profundidad—, de donde la gente extrae el agua para beber, se halló mercurio en cantidades que sobrepasan el límite máximo de la normativa nacional vigente.

Tenguel tiene un brazo de mar. Los más viejos cuentan que la pesca de río y mar solía ser abundante, pero “el pescado se ha ido muriendo poco a poco y el que hay ya no se puede vender, porque está saliendo con unas llagas”. La razón es que el mercurio que está en el agua se aloja en la grasa del pescado.

La contaminación es tan alta que, en varios puntos del terreno de las canchas de la escuela del recinto de Israel, se hallaron cromo, cobre, arsénico, vanadio, níquel y cobalto, en valores que superan los límites máximos permisibles. Ahí, en la tierra donde juegan los niños.

También se encontró cromo, cobre, vanadio, níquel y cobalto, en niveles que superan lo tolerable, en las plantaciones bananeras.

Los implicados...

El Municipio de Guayaquil puso una demanda por daño ambiental contra las empresas que contaminan. También lo hizo la abogada ambientalista **Inés Manzano**, representante legal de Landetta. **Martha Roldós** ha hecho conocer este

desastre ecológico fuera del país. Sin embargo, en enero de este año, el fiscal que lleva la causa se desentendió del tema y lo derivó a la Fiscalía del Azuay.

Antes, el 23 de mayo de 2008, el entonces ministro de Minas y Petróleo, **Galo Chiriboga**, recorrió la zona y suspendió las actividades en las áreas mineras El Pato, Papercorp, Quebrada Fría, Pinglio 1 y Bella Gala. “Fue un gol, pero la suspensión duró apenas unos meses”, dice Esther. Y esto supuso que los dueños de las empresas mineras pusieran el ojo en ella.

Uno de los más poderosos en la zona, dice la mujer, es Galo Borja Pérez, quien fue dirigente de Alianza PAIS en Machala, asambleísta por el oficialismo y hasta abril de este año ministro coordinador de los Sectores Estratégicos —que incluyen la minería. Ahora es viceministro de Comercio Exterior en la Cancillería. Él aparece en las escrituras como propietario de la planta de beneficio Paz-Borja, ubicada dentro de la concesión minera Papercorp, que se encuentra dentro del bosque protector Molleturo y Mollepungo, área 4, según consta en el informe del Ministerio de Ambiente.

Landetta acusó públicamente a Borja no solo de contaminar, sino también de usar testaferros y sicarios. En una entrevista publicada en *El Universo* el 15 de febrero de 2009, Borja dijo que él no era dueño de ninguna minera, pero cuando le mostraron la copia de la escritura, contestó: “Puede ser, no lo recuerdo”.

El entonces ministro dijo que Landetta estaba siendo utilizada por políticos que “buscan dañar el proceso de la Revolución Ciudadana”. Políticos como Martha Roldós y **Eduardo Delgado** —fueron binomio para las elecciones presidenciales— pidieron la destitución de Borja “por tener interés en el sector minero y crear un ambiente de terror”. Esther responsabilizó de su vida al Gobierno.

“Siempre he dicho que, mientras esté ese señor (Borja) arriba en el poder, va a ser difícil que sean declarados nuestros ríos libres de minería. Él es dueño de esa concesión (Papercorp), pero tiene un testaferro que se llama **Ruperto Franco**, que

es el que contrató a los sicarios de la banda del *Negro Junior* para que me maten”, sostiene Esther a viva voz. Ella puso una demanda penal por intento de asesinato en contra de Franco y sus cómplices.

No solo eso. Landetta pidió audiencia con el presidente **Correa** y cuando lo tuvo enfrente le empezó a hablar del problema. “Él solo se levantó y se fue. Me dejó con la palabra en la boca, no quiso escuchar nada”. La dejó con un asesor, pero ella sabía que él no era capaz de solucionar nada.

Un policía le sigue a todas partes, tanto que cuando quiere ir a jugar fútbol a su pueblo, va con resguardo y los uniformados la esperan mientras patea la pelota. Desde el año pasado está dentro del programa de protección a víctimas y testigos de la Fiscalía. Su familia también tiene protección, así como los miembros de la Asamblea pro Defensa de Nuestros Ríos.

Esther se casó a los 17 años con el padre de sus hijos. Se divorció y luego se unió a un policía, que cinco años más tarde la dejó viuda. Ahora está sola. “Si algo me pasa, cuida a los niños”, le pidió a su ex esposo el día posterior a esa madrugada de terror que vivió cuando fueron a buscarla. Él se valió de otro ami-

go —conocido del sicario— y se fueron a buscar al *Negro Junior* para saber si era verdad que querían matarla.

El negro Junior se lo confirmó y le dijo: “¿Y por qué tanto preguntas por esa hija de puta?”. “A esa que tú vas a matar es la madre de mis hijos”, fue la respuesta. Por eso, a Esther le avisaron y el último intento también fue fallido. Pero ya era demasiado. A Esther le dio miedo y se fue del pueblo el 13 de julio.

Ella y su hija Allyson estuvieron tres meses refugiadas en una casa del programa de víctimas, en Quito. Ahí trataron de persuadirla para que dejara el tema, para que se quedara tranquila. Pero ella es indómita, y no quiso.

Se fue a vivir en el suburbio de Gualaquíl, en una casita de caña, con unos parientes. Buscó trabajo en un restaurante. Su hija regresó al pueblo. “Si me van a matar, mejor que me maten allá”, fue el razonamiento de Allyson, una chica de 13 años que ahora vive sola y que intenta no salir de casa. Mientras hace los deberes del colegio, cuenta que sus amigos, a veces, critican a su mamá, porque piensan que está haciendo algo mal, que los pone en riesgo a todos. Pero ella la apoya. Una moto se aparca fuera. Es el novio de Allyson que ha venido a buscarla. Se va. No tiene miedo.

Una sola mujer

En la pared de la entrada de la casa de Esther, hay un mensaje: “Solo cuando se tale el último árbol, cuando se seque el último río y se muera el último pez, se darán cuenta de que el dinero no sirve para comer”. Parecen solo palabras, pero para ella es ley.

Landetta es hija de agricultores. Es una mujer sencilla que extraña la libertad de poder andar sin zapatos cuando está en la ciudad y que no completó la secundaria. Su valentía no necesita títulos. Desde niña peleaba por lo justo. Cuando su padre llegaba y le reclamaba en mal tono algo a su mamá, ella la defendía.

Ya de grande se metió a proteger unos árboles de teca que servían de barrera de protección para la escuelita República de Israel, la única que hay en el recinto, contra la fumigación del

aceite químico que usan las bananeras para combatir la sigatoka. Cortar esos árboles era prácticamente atentar contra la vida de los niños. Los querían para venderlos en \$ 200 y uno de los autores de la iniciativa era el propio presidente de la junta parroquial de Tenguel.

“A mí me enseñaron a cuidar la naturaleza, no a destruirla. Por eso puse la denuncia y esperé a que cortaran el primer árbol. Cuando lo hicieron yo me armé con la policía ambiental y les dije: ¡Ni un árbol más se va al suelo!”. Sola llevó la denuncia hasta Quito, llegó al despacho de la entonces ministra de Ambiente, **Ana Albán**, y consiguió que no tiraran los 19 árboles que quedaban. Le dieron en custodia el árbol derribado.

Esa victoria le tomó mes y medio, “pero moviéndome día y noche, sin comer”. La gente de su pueblo le ayudó con firmas y con dinero para los pasajes. Fue su primera pelea y le sirvió para darse cuenta de que sí era posible cambiar las cosas.

Su interés por el tema de las minas empezó el 17 de julio de 2006 cuando, en calidad de curiosa, fue a una reunión entre los mineros y las comunidades. “Yo sabía que había minas, pero nunca imaginé la magnitud del problema que estábamos viviendo”, se acuerda.

Con las autoridades del Ministerio de Minas, hicieron un recorrido de casi dos horas río arriba. Fueron a San Gerardo, y “ahí vimos cómo estaban contaminando”. Después se formó un Comité de Gestión Ambiental. La junta parroquial se opuso a que Esther los representara —estaban enojados por el tema de los árboles— y fue electa por los mineros. El plan de esta mujer recién empezaba.

“Yo soy sola, coqueta y me dije: aquí para poder pelear tengo que saber de dónde nace el agua y cuáles son las causantes de la contaminación. Solo entonces me les puedo ir encima, mientras tanto no. Fui elegida secretaria, me hice amiga de un minero y empecé a investigar. Yo lo que quiero es que declaren a los ríos libres de minería. Por lo poco que nos queda, no puede seguir habiendo asentamientos mineros”. Ese fue el inicio de esta cruzada. El final aún es incierto... 

Mineros artesanales en el río Tenguel.

Esther Landetta en la entrada de su casa.

